

Otra novela de Hernán Elizondo Arce

El Mago

CAP. VII

Cuando Pascual Rodríguez llegó, todavía se estaba en la época del carretón y la volante. La civilización no había aflorado aún en todas sus facetas, y las gentes conservaban, como virtud inapreciable, la sencillez característica de los pueblos sin historia.

La gran avenida del comercio no ostentaba todavía sus gigantescos rótulos de neón, parte de aquella guerra psicológica que desataron más tarde en todo el mundo los apoderados de la Pan American y los fabricantes de la Coca Cola.

Las torres de televisión no se habían atrevido a desafiar las nubes, se desconocía la técnica de las computadoras, y los chiquillos aún no miraban hacia arriba en las noches para adivinar a un mono avanzado dándole vueltas a la Luna.

No habían aparecido sonrientes y pulcrísimos plenipotenciarios extranjeros que concedían empréstitos cuantiosos a una eternidad de plazo, para asegurarse el vasallaje intelectual, político y económico.

Todavía los líderes de la derecha, prudentes y conservadores, no habían inventado el título de marxista para todo el que hablara de justicia social o rompiera una lanza contra el bastión de la ortodoxia; ni los líderes de la izquierda extremista, panegiristas de Camacho con barba, habían pues en boga la táctica inocente de robarse los aviones en el aire y asesinar a los embajadores en el suelo.

Los eruditos de tarjetero, cultivadores permanentes del mutuo incienso y del autobombo, no habían armado sus mesas redondas sobre Heidegger y el existencialismo, o sobre la influencia de Proust en la revolución literaria o sobre la importancia del sexo en el psicoanálisis, ni las gentiles encumbradas damas desfilaban en coche con pieles y con guantes para ir a dormirse en un teatro lleno de arañas luminosas entre sonatas de Mozart y

sinfonías de Beethoven.

No habían nacido aún los clubes elegantes, ni los reinados de belleza a tantos pesos el voto, ni las instituciones de caridad que con el tiempo habrían de terminar por hacerse millonarias.

No habían llegado tampoco los delincuentes internacionales que aparecieron después con sus asaltos a lo Al Capone y sus robos a lo Raffles.

Los grandes técnicos de la educación no habían aún convocado a sus sinposios llenos de discusiones bizantinas sobre si era más positivo un 7.10 que un 7.12 o si era mejor evaluar el rendimiento académico con preguntas de pareo o con el famoso test de falso o verdadero.

No se formaban todavía las interminables colas ante las oficinas iluminadas y amplias, donde las mecanógrafas de apretadas piernas, guapas hasta rabiarse, hablaban por teléfono sonriendo o se tocaban los labios con el "rouge", mientras los empleados de corbata al cuello, adoradores del busto de Brigitte Bardot, comentaban las películas de Cantinflas, el matrimonio de Onassis o los goles de Pelé.

No había nacido aún la urbe majestuosa pero ya se estaba de hecho en las postimerías de la aldea.

Un día tendieron unos rieles que nacieron en el sur, atravesaron el río y murieron en el norte. Fue entonces cuando apareció un tranvía, con su figura de juguete grande, amarillo y pintoresco, del que se colgaba al pasar la gente en las esquinas. Pero después de unos años encontraron que el conductor se hacía viejo bajo su uniforme azul y que aquel chunche anacrónico hacía una bulla de los diablos. Y fue cuando se dispuso arrancar los rieles, destrozando los alambres y cambiar el anticuado vehículo por unos autobuses de colores que siguieron echando células cancerosas por las mullas.

La villa dormitaba vestida de campesina, mitad beata y mitad analfabeta, sin grandes

problemas sociales y sin complejas convulsiones políticas.

Fue en esa época de transición cuando llegó Pascual Rodríguez.

Arribó cruzando ríos, de más allá de las montañas, de los manglares y del mar, con los conocimientos ancestrales de civilizaciones perdidas, con sus verbajos y sus oraciones, con sus ungüentos y conjuros, buenos para la erisipela, infalibles contra los maleficios.

Era alto, seco, de ojos claros y barbudo, con una melena de falso Cristo que le caía sobre los hombros. Parecía un faquir desterrado, un Judío Errante de teatro, o un yogui proselitista sin clientela.

Puso su consultorio en una esquina, desarrolló sus fórmulas mágicas y como carta de presentación a los primeros clientes se les mostró quince minutos suspendido en el aire en convincente prueba de levitación.

La gente se echó afuera de todos los rincones, en busca del curandero o del profeta, soñando con panaceas para sus males antiguos.

Un día llegó al consultorio Ana María la vidente. Y Pascual Rodríguez encontró en ella virtudes que sólo él conocía y la incorporó a su consultorio, y comenzó a invocar a los muertos. Y los espíritus del otro mundo llegaron a la cita y hubo noches en que se materializaban las sombras, en que aparecían manos desconocidas suspensas en el aire mientras se oían golpes misteriosos y Ana María se contorsionaba en trance poseída por fuerzas esotéricas.

A través de la medium campesina empezaron a hablar con lenguaje docto una serie de médicos eminentes que desde sus consultorios en el otro mundo recetaban paliativos milagrosos. Pero aquellos experimentos, lejos de traer paz y tranquilidad para la aldea, empezaron a proporcionar muy serias preocupaciones e inquietudes. Los fantasmas comenzaron a asomar por muchas casas, con sus quejidos apagados y sus ruidos de cadenas y en bastantes ocasiones cometieron el abuso de transitar orondos por las calles. Así fue como doña Brígida, al volver de un novenario, se encontró con el alma de una tía que tenía 20 años de muerta.

Algunos espíritus burlones, en pésima hora invocados, se acostumbraron a rondar las cercanías las noches de sesión y sus bromas, algunas de muy mal gusto, sembraron el desconcierto entre las jóvenes casaderas a quienes manos invisibles les hacían nudos en sus prendas íntimas. En la casa de doña Justa, en una oportunidad, se escuchó claramente el ruido de la vajilla al rodar hecha añicos por el suelo; pero al ir a la cocina a investigar si era una hazaña del gato, cada cosa apareció intacta y en su sitio.

Por las calles de la población empezó a aparecer una mona que se burlaba de las gentes colgándose del rabo y haciendo gestos obscenos. Fueron muchos los cristianos que atestiguaron su presencia. Pero cuando se organizó una carcería con rifles cuyos cartuchos llevaban balas benditas, los mejores tiradores no pudieron dar en el blanco y la



Hernán Elizondo Arce, autor de la novela 'La ciudad y la sombra', próxima a editarse.

El escritor Hernán Elizondo Arce nació en Santo Domingo de Heredia, el 28 de octubre de 1921.

Nos ha dado la noticia que próximamente estará editada su novela "La ciudad y la sombra", que es en orden cronológico la tercera que escribe, puesto que la segunda, "La calle, jinete y yo", aprobada por la Editorial Costa Rica, desde 1968, no ha sido aún editada.

La primera novela que Elizondo publicó fue: "Memorias de un pobre diablo", cuya segunda edición ya apareció.

Con la primera novela, ganó Hernán Elizondo el Premio Nacional de Novela, además de mención honorífica y medalla de plata del Colegio Metodista, lo mismo que premio en los Juegos Florales en el año de 1963.

Trabaja actualmente como secretario en el Liceo de Esparta y como profesor de redacción, ortografía y literatura universal, en el Instituto de Bachillerato por Madurez, en esa localidad y en Puntarenas.

maldita mica corrió por los solares a su antojo.

Pascual Rodríguez tuvo al fin su ocaso y su propia clientela lo condenó al exilio.

Fue la noche en que descendió al cuerpo de la medium el ánimo de un brunka. Ana María se puso rígida, luego tomó una expresión colérica y terminó por incorporarse de la mesa histérica y furiosa, con las manos amenazantes como garras.

La gente se desparramó horrorizada y ella murmuró con voz ronca de ascendencia indígena tres vocablos que encerraban un oscuro sentido de tragedia:

—Sá-yén. Kon-grojk. Bijt kra.

—Habla del mal, de un hombre y de una hacha, —sentenció un viejo investigador de lenguas— que estaba entre los presentes.

Por disposición de todos se llamó al Padre Anselmo, que conminó con sus exorcismos al rebelde espíritu a fin de que buscara la ruta de regreso. Ana María se fue quedando tranquila y cuando despertó se encontraba bañada en un sudor frío. Otro día se confesó, comulgó de nuevo y se echó un hábito oscuro para siempre.

Ante el temor de un linchamiento, Pascual Rodríguez se fue del pueblo aquella misma noche.

Pero no se fue solo. Se llevó su legión de espíritus, su mona y sus ungüentos.

"Dediqué el día primero del año a leer tu novela. Me encantó. Con decirte que al final de cada capítulo fui poniendo cosas como: ¡Formidable, ¡Estupendo!, ¡Qué bueno!, ¡Magnífico! Logras una prosa rotunda, que se desliza armoniosa, sin abruptas detenciones, sin cacofonías, sin la sequedad —digamos— o sordera que uno advierte a menudo en los creadores de relatos. Tu prosa alcanza a ser prosa poética, de la buena, tanto al principio como al final. El capítulo final a mi juicio tiene a ratos el encanto para mí de la mejor poesía de denuncia que puede leerse.

En cuanto a la estructura de la obra, ni es la rigurosa, clásica, ni es la caótica moderna. Me pareció muy bien logrado tu propósito de producir una sátira contra nuestra cultura, nuestra historia, nuestras costumbres, creando el pueblo fantástico de San Gabriel como un pueblo que existe como realidad o como sueño —no se sabe— en la experiencia del doctor Laurent. Te digo que este libro va a hacer época en nuestra creación literaria".

ISAAC FELIPE AZOFEIFA.